

Biografías para
niñas y niños

Nezahualcōyotl



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Nezahualcōyotl



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

Biografías para
niñas y niños

Nezahualcōyotl



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

MÉXICO 2021

Ediciones impresas:

Primera edición, INEHRM, 1986
Segunda edición, INEHRM, 1995

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2021

D. R. © Ruth Solís Vicarte, textos

D. R. © María Figueroa, ilustraciones de interiores.

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

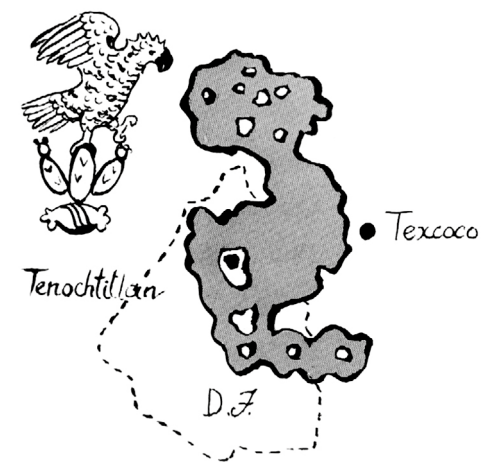
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-235-3

HECHO EN MÉXICO.

En los tiempos pasados, antes de la llegada de los conquistadores europeos al continente americano, el territorio que hoy es la República Mexicana estaba habitado por pueblos de diferentes orígenes. Se sabe que los más antiguos fueron los otomíes, pero los primeros en establecer centros de población de manera sabia y organizada fueron los olmecas, portadores de la considerada cultura madre de la vasta región.

En el valle de México, donde actualmente se encuentra ubicada la Ciudad de México, capital



de la nación, existían varios lagos; el más importante de ellos era el de Texcoco, en cuyas orillas llegaron a establecerse primero los olmecas y después otros pobladores como los tecpanecas, quienes fundaron su reino en el actual Azcapotzalco; los acolhuas, cuya ciudad gobernante era Texcoco, y los culhuas, establecidos en el vecino reino de Culhuacan. Siglos después llegaron los mexicas o tenochcas, constructores de la ciudad de México-Tenochtitlan.

Todos estos pueblos eran de naturaleza guerrera y para extender sus dominios en tierras que ya estaban ocupadas por otros reyes o señores, declaraban la guerra a los más indefensos o establecían alianzas para mantener la paz.

Los acolhuas llegaron al valle de México guiados por un valeroso sacerdote llamado Xólotl. Antes de establecerse en Texcoco y fundar el reino de Acolhuacan, se detuvieron por varios años en Tula, antigua capital del reino tolteca. Los toltecas, como su nombre lo indica, eran “los grandes y buenos”, es decir los más civilizados, por lo que los acolhuas aprendieron de ellos su lengua, llamada náhuatl, y su cultura avanzada.



Hacia el año de 1400 los acolhuas tenían ya bien ordenado su territorio, que empezaba en las márgenes orientales del gran lago, extendiéndose hasta las costas de “la gran mar”, actualmente el Golfo de México. A la orilla del propio lago establecieron su ciudad Estado a la que llamaron Texcoco, cuyo dominio incluía en su época de mayor apogeo, además de las poblaciones y lugares cercanos, los señoríos del contiguo valle de Teotihuacan, y a varios más de las planicies y montañas que llegaban hasta el mar. Con los años, el señorío del Acolhuacan sólo fue superado en importancia

por su poderoso vecino y aliado: el de México-Tenochtitlán. Además, la capital acolhua se convirtió en el centro de la cultura del mundo náhuatl, recuperando las enseñanzas y el legado de los toltecas.

En ese tiempo su rey, llamado Ixtlixóchitl, gobernaba con justicia y sabiduría. Pero ocurrió que Tezozómoc, señor de Azcapotzalco, le declaró la guerra pues deseaba apoderarse de sus dominios.

Varios años peleó Ixtlixóchitl defendiendo a su pueblo y heredades; mientras esto ocurría se casó con Matlacihuatzin, una joven princesa pariente de los señores de México-Tenochtitlán. Su primogénito y legítimo heredero fue el príncipe Nezahualcōyotl, quien con los años llegaría a ser uno de los más grandes hombres del México antiguo.

Nezahualcōyotl fue hombre de genio fecundo y múltiple; lo mismo destacó en su vida como gobernante y guerrero que en aspectos relacionados con la cultura y las artes. Fue el mayor poeta de su tiempo; dominaba la lengua náhuatl con brillo y perfección, al mismo tiempo que fue filósofo, es decir, un profundo pensador de temas esenciales

y universales, como la vida, la muerte, el tiempo y el espacio. Su talento se manifestó también en la construcción de innumerables edificaciones y obras públicas, algunas de las cuales todavía subsisten en vestigios y ruinas.

Durante su juventud, el príncipe se dio a conocer como un intrépido y valeroso guerrero, lo que más tarde le permitió reconquistar y consolidar los dominios de su reino. Como soberano dictó leyes severas pero justas, con afán de regular la conducta de sus vasallos, quienes durante su reinado demostraron una superación notable en todo tipo de educación, especialmente en las artes y las letras.

UN PRÍNCIPE INFELIZ

Nezahualcōyotl nació el 28 de abril de 1402 o Uno Conejo, según el calendario del mundo náhuatl. Sus nombres fueron los de Acolmiztli Nezahualcōyotl, que significan, el primero “Brazo de León”, y “Coyote Hambriento” el segundo, animales que simbolizaban, uno la fiereza y el otro la astucia.



Los nigrománticos o adivinos del reino auguraron para el recién nacido prosperidad y honores futuros, al tiempo que decían que colmaría de bienes a los suyos y a los pueblos vecinos.

No obstante las buenas predicciones de los adivinos para el heredero al trono acolhua, durante su infancia y juventud cayeron sobre su padre y después sobre el señorío de Texcoco serias amenazas y peligros. Al convertirse el territorio en dominio real de Tezozómoc, Nezahualcóyotl sufriría desventuras y persecuciones, y su pueblo una desolación total.

LA GUERRA CON AZCAPOTZALCO

Desencadenada la guerra entre los señoríos acolhua y tecpaneca, se libraron cruentos combates entre ambos, que culminaron cuando las fuerzas del tirano Tezozómoc sitiaron la ciudad de Texcoco en un acoso que duraría más de cien días. El rey Ixtlixóchitl y sus principales capitanes no pudieron resistir, por lo que se vieron obligados a abandonarla, con lo que el reino cayó bajo el dominio enemigo.

El rey se aseguró de poner a salvo su familia y en seguida huyó con el príncipe Nezahualcōyotl para resguardarse y proteger, más que la propia vida, la de su heredero. La huida fue muy difícil y penosa, hasta llegar el momento en el cual los enemigos rodearon al séquito real. Como un último esfuerzo por salvar al príncipe, Ixtlixóchitl lo escondió entre las ramas de un frondoso árbol de capulín. Desde ahí contemplaría el adolescente el último combate y la muerte de su señor padre; co-

rría el año de 1418, él tenía dieciséis años de edad y ya perdía familia y reino.

A partir de ese momento, Nezahualcōyotl fue víctima de las persecuciones y acechanzas de Tezozómoc, quien deseaba ante todo darle muerte, pues no contento con ocupar el trono de Acolhuacan quería acabar con cualquier amenaza a su poder, la cual estaba representada por la existencia misma del joven príncipe.

Nezahualcōyotl vivió evadiendo siempre a sus enemigos; en el campo se escondía en cuevas y barrancas; en algunas poblaciones se ocultaba protegido por sus parientes, súbditos y amigos, sin punto

de descanso, ayudado tan sólo

por los más fieles de sus

servidores. Con ingenio sin límite,

eludía los desig-

nios de muerte

reservados para

él por el señor

de Azcapotzalco,

quien desde su cesta



de mimbre recubierta con algodones, debido a los achaques de la vejez, planeaba y tramaba la manera de deshacerse de quien ya convertido en héroe honraba su nombre: “Coyote Hambriento”.

Fue entonces cuando Nezahualcōyotl, en medio de padecimientos y privaciones, se reveló como poeta y escribió su triste Canto de la huida:

En vano he nacido,
en vano he venido a salir
de la casa del dios de la tierra, ¡yo soy menestero!
Ojalá en verdad no hubiera venido a la tierra...
¿Habré de erguirme sobre la tierra?
¿Cuál es mi destino?...
Me he doblegado,
sólo vivo con la cabeza inclinada al lado de la gente.
Por esto me aflijo.
¡Soy desdichado!

ACOLMIZTLI, EL “BRAZO DE LEÓN”

Tres historias, que parecen leyendas, relatan cómo Nezahualcōyotl sobrevivió a varios atentados con-



tra su vida preparados por el señor de Azcapotzalco. Con astucia y valor que estaban de acuerdo con su segundo nombre, Acolmiztli, “Brazo de León”, en cada ocasión que sus amigos le prevenían del peligro, el príncipe demostraba gran seguridad para librarse de la muerte. La primera historia describe cómo, mientras lo buscaban sus perseguidores tecpanecas, sus leales vasallos otomíes lo ocultaron dentro de un tambor que empezaron a tocar con todas sus fuerzas, a fin de disimular la treta. La segunda cuenta la invitación de Tezozómoc al príncipe a un gran banquete, con el fin de matarlo durante el convivio; para no ofender al tirano con su ausencia, Huizilihuitzin, preceptor de Nezahualcōyotl, lo sustituyó por un joven muy parecido, quien efectivamente fue sacrificado por órdenes del rey tecpaneca. La tercera historia relata que, en otro intento de Tezozómoc para eliminarlo, el príncipe escapó desapareciendo por el compartimiento secreto que había mandado construir detrás del trono del palacio real de Texcoco. Esta última escapada ocurrió después que las hermanas de su madre Matlacihuatzin, por ser princesas de

sangre real mexicana, habían logrado que Tezozómoc permitiera a Acolmiztli Nezahualcōyotl salir de la ciudad de México-Tenochtitlan, y fuera a ocupar los antiguos palacios reales de Texcoco.

Tezozómoc murió en el año de 1426, sucediéndole en el trono su hijo Maxtla, quien de inmediato desconoció la actitud conciliadora de su padre e inicio de nuevo el acoso al joven y a su pueblo, al que finalmente había empezado a gobernar.

Ya para entonces el príncipe contaba con más experiencia y gozaba de la fuerza de su plena juventud. Consciente de su situación, se propuso la reconquista de todo el territorio que había pertenecido al antiguo reino de Acolhuacan. Para ello estableció relaciones y alianzas con varios de los señoríos del valle de México y de la altiplanicie, que deseaban rebelarse contra la tiranía de Azcapotzalco. Sus primeros aliados contra los tecpanecas fueron los habitantes de Tlaxcala; con su apoyo logró expulsarlos de Chalco y Huexotzingo, pueblos que habían sido obligados a pagar grandes tributos a Tezozómoc y a aceptar dentro de sus territorios el dominio del ejército conquistador.

Nezahualcōyotl estableció un acuerdo con los señores de México-Tenochtitlán y de Tlacopan —posteriormente llamada Tacuba—, para conformar la Triple Alianza; su propósito era hacer la guerra al déspota Maxtla, a fin de liberarse definitivamente de su tiranía. Este hecho fue de tal importancia que todavía hoy se registra y comenta en las páginas de la historia antigua de México.

Después de duros encuentros entre los ejércitos de la Alianza y los de Azcapotzalco, llegó el momento de librar la batalla decisiva. La lucha ocurrió a las puertas de la propia ciudad de Azcapotzalco. Ese día, el pueblo tecpaneca terminó arrasado por las fuerzas de los aliados y Acolmiztli Nezahualcōyotl pudo vengar la muerte de su señor padre, el rey Ixtlixóchitl. El príncipe y Maxtla se enfrentaron en un duelo

a muerte en el propio recinto sagrado de la ciudad; como consecuencia,



el tirano murió, desapareciendo junto con él el poderío tecpaneca.

UN GOBERNANTE EJEMPLAR

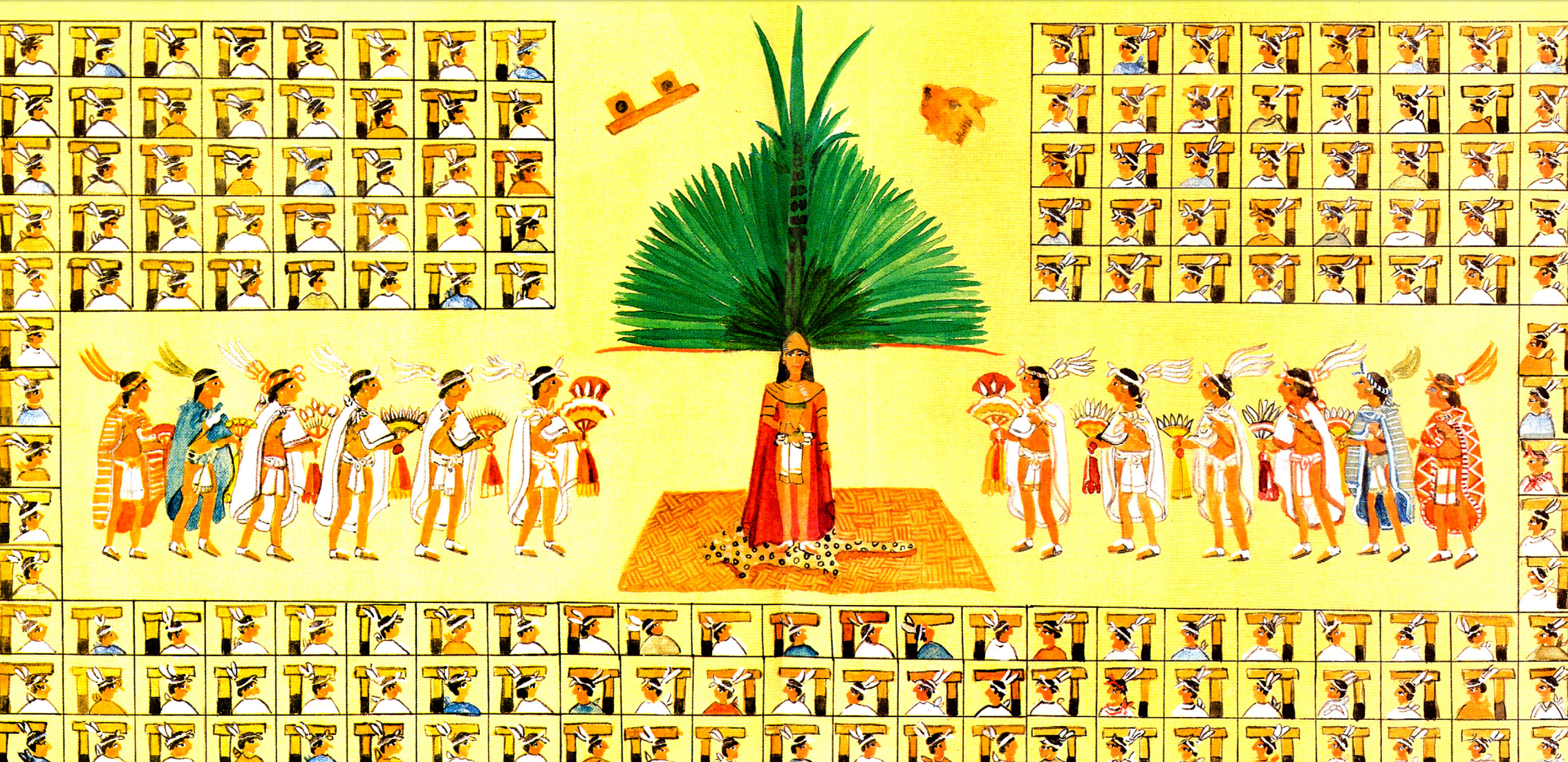
El triunfo de la Triple Alianza fue definitivo. Al subir al trono Ixcóatl como cuarto señor de México-Tenochtitlán, se convirtió en el principal aliado de Nezahualcōyotl; reconoció su valentía y dominio de las artes guerreras. Con su apoyo, el príncipe alcohua reconquistó y pacificó su señorío.

En el año de 1431, cuando contaba con veintinueve años de edad, Nezahualcōyotl fue coronado como Huey Tlatoani o “Gran señor” del extenso señorío de Acolhuacan. Texcoco recuperó su importancia como una de las principales ciudades Estado de todo el territorio que actualmente conforma nuestra nación.

La ceremonia de entronamiento fue realizada al modo de la antigua usanza tolteca; los ancianos y supremos sacerdotes aconsejaron al monarca se ocupara del bienestar del pueblo, buscando primero el beneficio general que el suyo propio; le

recomendaron viera sobre todo por los más pobres y desvalidos del reino. Con toda solemnidad los principales le advirtieron que perdería el poder en caso de no cumplir con los deberes de su cargo, con la consiguiente deshonra para su nombre y el de sus herederos.

Acolmiztli Nezahualcóyotl se dedicó los primeros años de su reinado a consolidar y extender su señorío. Empezó guerras de conquista más allá de los valles de Texcoco y Teotihuacan, entre ellas, contra el señor de Chalco. Los chalcas defendieron palmo a palmo su territorio, por lo cual la guerra



se prolongó un largo tiempo. En el transcurso de las batallas murieron dos de los hijos menores del rey, a quienes él mismo estaba adiestrando en el arte de la guerra.

Bajo el mandato de Nezahualcóyotl, el señorío de Acolhuacan inició el crecimiento de su gran poderío. Para lograrlo, el joven rey reorganizó la administración del territorio, dividiéndolo en catorce señoríos menores y ocho mayordomías. Al frente de los primeros colocó a miembros de la nobleza acolhua y de la familia real. Los mayordomos estaban a cargo de la recolección tributaria para el sostenimiento de los palacios reales. La mayor parte de los tributos procedían del trabajo agrícola, de manufactura artesanal y de la tasación a los pueblos y regiones conquistadas en las guerras.

EL REY LEGISLADOR

Como gobernante ejemplar y justo, Nezahualcóyotl expidió las llamadas “Ochenta leyes de oro”, a fin de ordenar y regularizar la vida de sus súbditos. La legislación, entre otras disposiciones, cas-

tigaba el robo y la mala conducta. Los servidores públicos, como jueces y cobradores de los tributos reales, eran sancionados severamente en caso de incurrir en actos de corrupción y cohecho, con penas que, dependiendo de la gravedad de la falta, iban desde la reprensión y la separación del cargo, hasta la muerte por ahorcamiento.

Pero en contraste con el rigor de estas leyes, Nezahualcóyotl —quien siempre tuvo en cuenta las palabras de los ancianos y sacerdotes del señorío—, fue un auténtico benefactor y amante de su pueblo. Al respecto se relatan, a través de historias y leyendas, las obras

y hechos realizados en beneficio de la población. Una de estas leyendas es la referida al “niño menestero



en el bosque”, donde se muestra su generosidad con los desamparados, especialmente con los menores; es un ejemplo de cómo se premia a quienes guardan las leyes establecidas, no obstante la pobreza del protagonista. También se habla del celo que el rey de Texcoco tenía por el cuidado de la naturaleza:

He aquí el relato mencionado:

Entre otras cosas que Nezahualcóyotl hizo digna de su fama y nombre fue que alargó los montes, porque de antes tenía puestos límites señalados hasta donde podían ir a traer maderas para sus edificios y leña para su gasto ordinario, y tenía puesta pena de la vida al que se excedía de sus límites; y fue que yendo una vez con uno de los grandes de su reino en traje de cazador (que lo acostumbraba hacer muy de ordinario, saliendo a solas y disfrazado para que no fuese conocido, a reconocer las faltas y necesidades que había en la república para remediarlas), con el mismo intento se fue hacia la montaña, y cerca de los límites referidos halló un niño con harta miseria y penuria juntando palitos para llevar a su casa: el rey le dijo que ¿por qué no entraba a la montaña adentro pues había tanta suma de leña seca que poder llevar? Respon-

dió el niño: Ni pienso hacer tal, porque el rey me quitaría la vida. Preguntóle que ¿quién era el rey?, y respondió el niño: un hombrecillo miserable, pues quita a los hombres lo que Dios a manos llenas les da. Replicó el rey que bien podía entrar adentro de los límites que el rey tenía puestos, que nadie se lo iría a decir: visto por el muchacho, comenzó a enojarse y a reñirle, diciéndole que era un traidor y enemigo de sus padres, pues le aconsejaba cosa con que pudiese costarles la vida; y dando la vuelta el rey para su corte dejó dada orden a un criado suyo, que desde lejos les había seguido, cogiese aquel niño y a sus padres y los llevase a palacio; lo cual lo puso luego por obra, y llevándolos bien afligidos y atemorizados,

no sabiendo a qué eran llamados a la presencia del rey, llegados que fueron, mandó



a sus mayordomos les diesen cierta cantidad de fardos de mantas y mucho maíz, cacao y otros dones, y los despidió, dando las gracias al muchacho por la corrección que le había dado, y el guardar las leyes que él tenía establecidas; y desde entonces mandó que se quitasen los términos señalados, y que todos entrasen a los montes y se aprovecharan de las maderas y leñas que en ellos había, con tal que no cortasen ningún árbol que estuviese en pie, [bajo] pena de muerte.¹

Su inclinación por quienes más necesitaban se demuestra también en el siguiente relato, donde se advierte la prohibición que había entre el pueblo acolhua de ejercer la mendicidad o el vivir de la limosna pública, lo cual se sancionaba dado que ante todo estaba la dignidad de la nación:

Era tan misericordioso este rey con los pobres, que de ordinario salía a un mirador que caía a la plaza, a ver la gente miserable que en ella vendía (que era de ordinario la que vendía sal, leña y legumbres que apenas se podían sustentar), y viendo que no vendían, no quería

¹ Fernando de Alva Ixtlixóchitl, *Obras históricas*, vol. 1, México, UNAM, 1985, p. 324-325.

sentarse a comer hasta tanto que sus mayordomos hubiesen ido a comprarles todo cuanto vendían a doblado precio de lo que valía, para darlo a otros, porque tenía muy particular cuidado de dar de comer y vestir a los viejos enfermos lisiados en las guerras, a la viuda y al huérfano, gastando en esto gran parte de sus tributos... porque nadie podía andar demandando por las calles ni fuera de ellas, [bajo] pena de vida.²

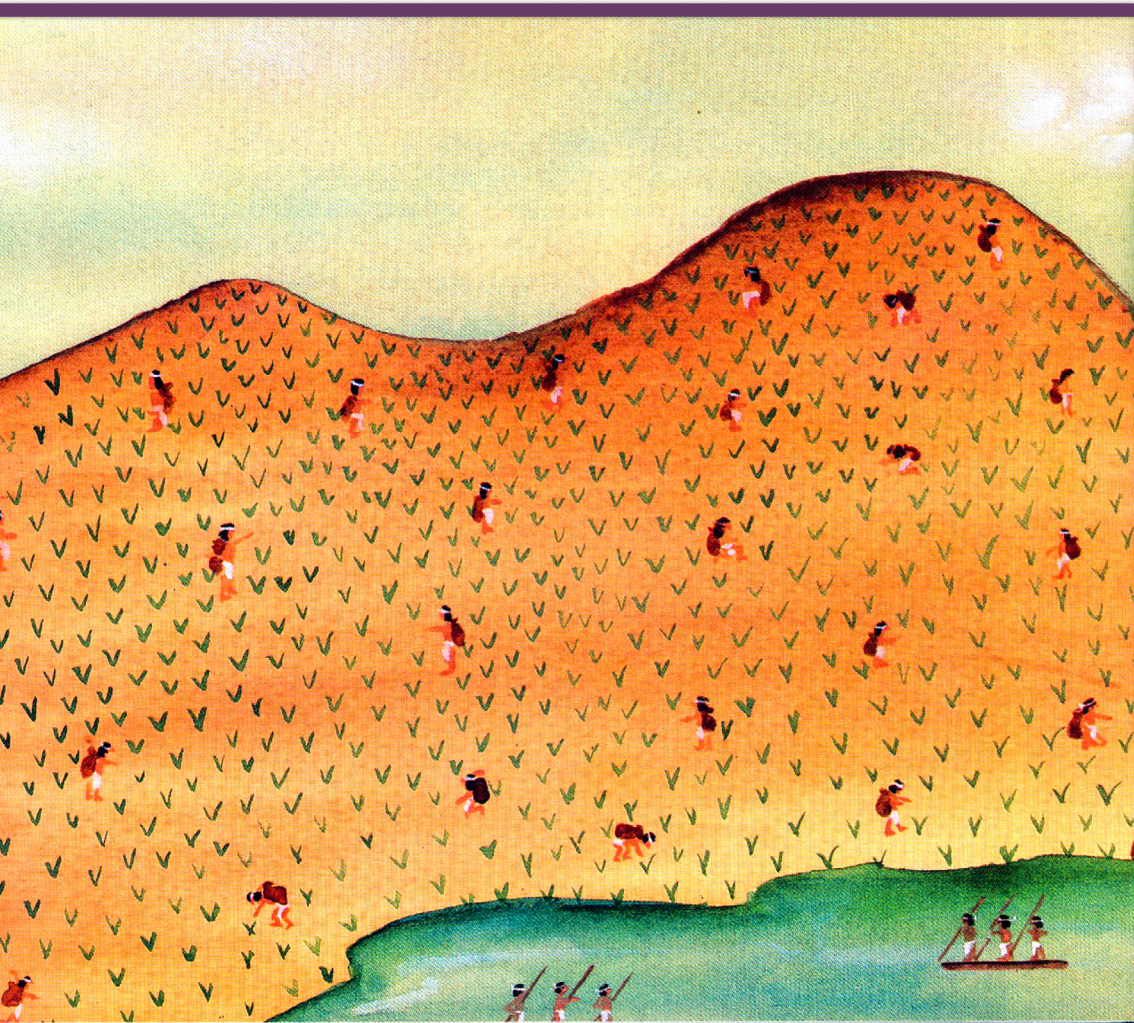
UN GRAN CONSTRUCTOR

Nezahualcōyotl emprendió la construcción de notables obras públicas y edificaciones tanto en la ciudad de México-Tenochtitlán como en la capital de su señorío, Texcoco. Fueron realizadas varias de gran importancia, tales como palacios, templos, jardines y acueductos, para proveer el bienestar y comodidad del pueblo y el de sus vecinos y aliados, los poderosos mexicas.

En la ciudad de México-Tenochtitlán, invitado por los grandes señores Moctezuma Ilhuicamina

² *Ibid.*, p. 322.

e Itzcóatl, Nezahualcóyotl dirigió la edificación de varias obras al pie del cerro de Chapultepec, donde además ordenó se sembraran y cultivaran los sabinos o ahuehetes que aún hoy existen en el famoso bosque. También introdujo el agua a la propia ciudad mediante la construcción de un acueducto que partía de los manantiales que bro-



taban en el cerro, hasta el recinto sagrado amurallado. Asimismo, erigió la llamada “Albarrada de los indios”, que era una presa de varios kilómetros de longitud que iba desde el cerro de Guadalupe hasta Atzacualco, y que separaba las aguas de la laguna de Tenochtitlán en dulces y saladas. Con estos trabajos de verdadera ingeniería se libró a México-Tenochtitlán de las inundaciones que sufría en temporadas de lluvias abundantes.

Igualmente, en Texcoco y sus alrededores edificó varios palacios, templos y jardines; entre los primeros, los que albergaban las casas de la corte real y el gran Calmecac o “Universidad”. En el cerro de Tetzcotzinco se hizo construir un maravilloso bosque y habitaciones para su recreo y descanso. Ahí instaló un baño de aguas curativas cuya fama y utilidad llegó hasta la época colonial.

UN ESPÍRITU SUPERIOR

A la vez que hombre práctico, lo cual manifestó en sus acciones como constructor y gobernante, Nezahualcóyotl fue un hombre de espíritu superior,

en el que la profundidad y alcance de sus reflexiones revistieron una dimensión universal, en tanto los temas que abordó conciernen a los valores humanos, más allá del tiempo y del espacio.

Asuntos como el destino final de los hombres, el sentido de la vida, el tiempo y el deterioro natural de las cosas, así como en el orden religioso, la intuición acerca de la existencia de un Dios único (*In Tloque in Nahuaque*, que se ha traducido como “el señor del cielo y de la tierra”, o “el dueño del cerca y del junto, el invisible como la noche e impalpable como el viento”), fueron el centro de sus preocupaciones. Sabio en las cosas humanas y divinas, mereció en su época el título de *tlamatini-me*, es decir, “el que sabe algo”.

Su sabiduría y pensar filosófico tuvo en la poesía, en “La Flor y el Canto”, como era conocido en el mundo náhuatl, el difícil arte de componer literatura, su forma de expresión natural y más acabada; ello valió a Nezahualcōyotl ser considerado como el mejor poeta de su época.

Acaso el fragmento más conocido de sus cantos sea el aquí transcrito, en donde la certidumbre

acerca de la fragilidad y destrucción de las cosas y de la vida humana es el centro de su pensamiento:

Yo Nezahualcōyotl lo pregunto:

¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?

No para siempre en la tierra:

sólo un poco aquí.

Aunque sea de jade se quiebra, aunque sea oro

se rompe,

aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.

No para siempre en la tierra:

sólo un poco aquí.

Percibo lo secreto, lo oculto:

¡Oh vosotros señores!

Así somos,

somos mortales,

de cuatro en cuatro nosotros los hombres,

todos habremos de irnos,

todos habremos de morir en la tierra...

Como una pintura

nos iremos borrando.

Como una flor,

nos iremos secando

aquí sobre la tierra.

Como vestidura de plumaje de ave zacuán,
de la preciosa ave de cuello de hule,
nos iremos acabando...

Meditadlo, señores,
águilas y tigres,
aunque fuérais de oro
también allá iréis,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.

Nezahualcóyotl murió en 1472, a los setenta años de edad. En 1467, antes de su muerte, escribió una profecía con motivo de la construcción del Templo mayor dedicado a Huitzilopochtli, el terrible dios mexica de la guerra y de los sacrificios humanos. En ella pronosticó la destrucción futura del mundo sagrado del dios vengador. Todo ocurriría en un año Ce ácatl, que en el calendario náhuatl acontecía cada 52 años. En el caso, el cumplimiento de su visión sucedería en 1519, cuando efectivamente arribaron los españoles a las costas de México y empezaron la conquista:



En tal año como éste [Ce ácatl]
 se destruirá este templo que ahora se estrena,
 ¿quién se hallará presente?,
 ¿será mi hijo o mi nieto?
 Entonces irá en disminución la tierra
 y se acabarán los señores
 de suerte que el maguey pequeño y sin sazón
 será talado, los árboles aún pequeños darán frutos
 y la tierra defectuosa siempre irá a menos...

La nación acolhua superó la pérdida de su gran rey Nezahualcōyotl, dado el bienestar que produjo el gobierno de su sucesor en el trono texcocano, su hijo Nezahualpilli, fruto de su matrimonio con la bella princesa Azcalxochitzin.

El monarca Nezahualpilli moriría poco tiempo antes de la llegada de los conquistadores al territorio que ellos mismos llamarían la Nueva España.

Las guerras de conquista motivaron la desaparición paulatina de los antiguos señoríos indígenas, entre ellos los que constituyeron la poderosa Triple Alianza: Texcoco, Tenochtitlán y Tlacopan. Tal y como lo profetizara el gran señor y rey, el sabio Nezahualcōyotl, las ciudades lacustres prehispánicas

perecieron destruidas y sumergidas en las aguas de los grandes lagos, que perdieron su color verde esmeralda al quedar tintos con la roja sangre de los indígenas vencidos.





Nezahualcōyotl

MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en junio de 2021,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena.

Nezahualcóyotl fue hombre de genio fecundo y múltiple; lo mismo destacó en su vida como gobernante y guerrero que en aspectos relacionados con la cultura y las artes. Fue el mayor poeta de su tiempo; dominaba la lengua náhuatl con brillo y perfección, al mismo tiempo que fue filósofo, es decir, un profundo pensador de temas esenciales y universales, como la vida, la muerte, el tiempo y el espacio. Su talento se manifestó también en la construcción de innumerables edificaciones y obras públicas, algunas de las cuales todavía subsisten en vestigios y ruinas.

Durante su juventud, el príncipe se dio a conocer como un intrépido y valeroso guerrero, lo que más tarde le permitió reconquistar y consolidar los dominios de su reino, Texcoco. Como soberano dictó leyes severas pero justas, con afán de regular la conducta de sus vasallos, quienes durante su reinado demostraron una superación notable en todo tipo de educación, especialmente en las artes y las letras.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

